

ENTRE ANTIMONUMENTAS Y VICTORIAS ALADAS: PRÁCTICAS DE MEMORIAS DE UN LENGUAJE POLÍTICO FEMINISTA

EMANUELA BORZACCHIELLO

Universidad Autónoma Metropolitana,
Unidad Xochimilco (UAM-X)

Aceptado para publicación el 29 de mayo 2024

Resumen

Desde la década de los setenta en México los feminismos crearon prácticas narrativas y visuales diversas e inéditas para investigar, denunciar y atender las violencias que sufren nuestros cuerpos. En este artículo yuxtapongo acciones, lemas, intervenciones en los monumentos y construcción de antimonumentas para entender cómo surgen prácticas que logran proponer una forma de comunicación política entre territorios diversos. Esas prácticas, que enlazan reclamos y utopías, resuenan espacial y temporalmente por toda América Latina y el Caribe creando símbolos móviles de lucha contra diferentes tipos de violencias y configurando un nuevo ámbito ético-estético en el cual se problematizan sus criterios de visibilización y desde los cuales logramos activar posibilidades múltiples de transformación comunitaria. Esos símbolos de vida rompen con la enumeración de los nombres de las víctimas y con la clasificación estática de las muertes violentas porque tejen un lenguaje político compartido sobre los procesos de despojo y desposesión que sufrimos. A través de este análisis espero mostrar cómo esas prácticas se mueven entre un movimiento de negación y uno inverso de afirmación: negación porque son prácticas disidentes que se oponen a los sistemas patriarcales y coloniales violentos, operaciones transgresoras de un orden disciplinar impuesto; afirmación porque no se basan en la destrucción, sino que abren espacios de posibilidad donde antes había una imposibilidad o sólo frustración. Son prácticas de memoria que logran enriquecer y fortalecer un lenguaje político feminista.

Palabras claves: memorias; feminismos; antimonumentas; prácticas feministas de memoria; lenguajes políticos feministas.

BETWEEN ANTIMONUMENTS AND WINGED VICTORIES: MEMORY PRACTICES OF A FEMINIST POLITICAL LANGUAGE

Abstract

Since the 1970s in Mexico, feminisms have created diverse and unprecedented narrative and visual practices to investigate, denounce and address the violence suffered by our bodies. In this article I juxtapose actions, slogans, interventions in monuments and construction of anti-monuments to understand how practices emerge that manage to propose a form of political communication between diverse territories. These practices, which link claims and utopias, resonate spatially and temporally throughout Latin America and the Caribbean, creating mobile symbols of struggle against different types of violence and configuring a new ethical-aesthetic sphere in which their criteria of visibility are problematized and from the which we manage to activate multiple possibilities of community transformation. These symbols of life break with the enumeration of the names of the victims and the static classification of violent deaths because they weave a shared political language about the processes of dispossession that we suffer. Through this analysis I hope to show how these practices move between a movement of denial and an inverse movement of affirmation: denial because they are dissident practices that oppose violent patriarchal and colonial systems, transgressive operations of an imposed disciplinary order; affirmation because they are not based on destruction, but rather they open spaces of possibility where before there was an impossibility or only frustration. They are memory practices that manage to enrich and strengthen a feminist political language.

Keywords: memories, feminisms, antimonuments, feminist practices of memory, feminist political languages.

ENTRE ANTIMONUMENTOS E VITÓRIAS ALADAS: PRÁTICAS DE MEMÓRIA DE UMA LINGUAGEM POLÍTICA FEMINISTA

Resumo

Desde a década de 1970, no México, os feminismos criaram práticas narrativas e visuais diversas e sem precedentes para investigar, denunciar e abordar a violência sofrida pelos nossos corpos. Neste artigo justaponho ações, palavras de ordem, intervenções em monumentos e construção de antimonumentas para compreender como surgem práticas que conseguem propor uma forma de comunicação política entre diversos territórios. Essas práticas, que vinculam reivindicações e utopias, ressoam espacial e temporalmente

em toda a América Latina e no Caribe, criando símbolos móveis de luta contra diferentes tipos de violência e configurando uma nova esfera ético-estética na qual seus critérios de visibilidade são problematizados e a partir da qual conseguimos ativar múltiplas possibilidades de transformação comunitária. Esses símbolos de vida rompem com a enumeração dos nomes das vítimas e com a classificação estática das mortes violentas porque tecem uma linguagem política compartilhada sobre os processos de desapropriação que sofremos. Através desta análise espero mostrar como estas práticas transitam entre um movimento de negação e um movimento inverso de afirmação: negação porque são práticas dissidentes que se opõem a sistemas patriarcais e coloniais violentos, operações transgressoras de uma ordem disciplinar imposta; afirmação porque não se baseiam na destruição, mas abrem espaços de possibilidade onde antes havia uma impossibilidade ou apenas frustração. São práticas de memória que conseguem enriquecer e fortalecer uma linguagem política feminista.

Palavras-chave: memórias; feminismos; antimonumentas; práticas feministas de memória; linguagens políticas feministas.

¡No os representan! Construyendo nuestras miradas

“¿Conocía usted al violador? ¿Se encontró con él mientras iba caminando en un lugar desierto o en un lugar público donde estaba usted sola? ¿Dejó pasar algún tiempo antes de dirigirse a la policía? ¿Gritó usted lo suficientemente fuerte para que la oyeran? ¿Tomó un baño o descansó después de la violación? ¿Se sometió sin luchar para evitar lesiones?”. El policía hace preguntas y, frente a él, una mujer sobreviviente de violencia sexual lo escucha sin proferir palabra. La voz en *off* de ella responde al policía con un monólogo interior en el que explica su concepción de violencia sexual: “Un acto de tortura. Es totalmente deshumanizado. La víctima no tiene rostro”. Así empieza *Rompiendo el silencio*, primer documental cinematográfico mexicano que narra, mira y nombra la violencia sexual. Era 1979 y su directora, Rosa Martha Fernández, había co-fundado en Ciudad de México el colectivo feminista Cine Mujer (Millán, 2021). Con este filme Cine Mujer pone en primer plano el rostro de la mujer mientras sus palabras nos explican cómo, después de la violencia sufrida, ha sido revictimizada múltiples veces por el repudio de su marido, el aislamiento en su trabajo tras la denuncia, la culpabilización por parte del sistema judicial. Contra una violencia que deshumaniza y quiere cancelar la imagen de la sobreviviente el primer paso fue construir una mirada a partir de los cuerpos que la sufren.

Era 1976 cuando la antropóloga Mercedes Olivera acuñó la categoría ‘opresión femenina’ para incluir el trabajo reproductivo y doméstico en el análisis socioeconómico. En su artículo “Consideraciones sobre la opresión femenina como una categoría para el análisis socio-económico”, la autora propuso que para entender las opresiones y acompañar las luchas indígenas y campesinas, era necesario incluir en el análisis las categorías de género, clase, raza, edad y cultura (Olivera, 1976). Fue entonces que, para mirar y narrar a partir de nuestros cuerpos las diferentes vertientes de los feminismos, en México se creó y utilizó lo que hoy llamamos enfoque interseccional.

En el centro del escenario se posiciona y visibiliza un “sujeto imprevisto”. Esta categoría remite a la definición dada por Carla Lonzi a principios de la década de 1970 cuando en su texto “Escupamos sobre Hegel” describió la emergencia de un “sujeto imprevisto”, una figura que no necesita ni del pasado ni del futuro porque no se espera, ni se presupone (Lonzi, 1977). La escritora considera que sólo los sujetos que no están encerrados en la dialéctica esclavo-amo pueden introducir en el mundo otras subjetividades, imprevistas e inéditas.

En 1971 se constituyó, en el entonces Distrito Federal, hoy Ciudad de México, el primer grupo feminista mexicano: Mujeres en Acción Solidaria (MAS), el mismo que en 1975 impulsó una manifestación a favor de la despenalización del aborto frente al emblemático Monumento a la Madre (Bartra, Fernández y Lau, 2000; Lamas, 2015). Esa escultura, inaugurada en 1949, es obra de Luis Ortiz Monasterio y es uno de los monumentos públicos más importantes de la capital. Se conforma por tres estructuras: un hombre de rasgos indígenas en posición de escribir; una mujer con una mazorca de maíz, símbolo de

fertilidad; y la figura más grande es la de una mujer-madre con un niño en brazos y un vestido largo con rebozo. En una placa se lee la inscripción: “A la que nos amó antes de conocernos”. Durante la manifestación mujeres feministas rodearon el monumento con sus cuerpos mientras bailaban, tocaban y leían textos irónicos y eróticos, desacralizando el eterno femenino en el espacio símbolo del corazón histórico de la patria, la familia y la iglesia. Años después, en 1998, se activó una segunda acción con un grupo de feministas encabezado por la periodista Esperanza Brito de Martí, que añadió una segunda placa con una inscripción que cuestiona y resignifica el significado de la primera: “Porque

su maternidad fue voluntaria”. Esta intervención desapareció de forma misteriosa para ser recolocada por un grupo anónimo entre 2019 y 2020.

Al resignificar el espacio público y gritar nuevos lemas en las marchas, subjetividades imprevisibles e inéditas posicionaron en el centro del escenario político opresiones múltiples que se instalaban socialmente en el ámbito privado, como el trabajo doméstico o tipos de violencia silenciados, como la violencia sexual o el embarazo infantil forzado. En los volantes de la década de los setenta que las feministas imprimían y distribuían durante las marchas podemos volver a leer los diferentes lemas. La antropóloga Marta Lamas nos permitió acceder a su archivo privado para constatarlo.

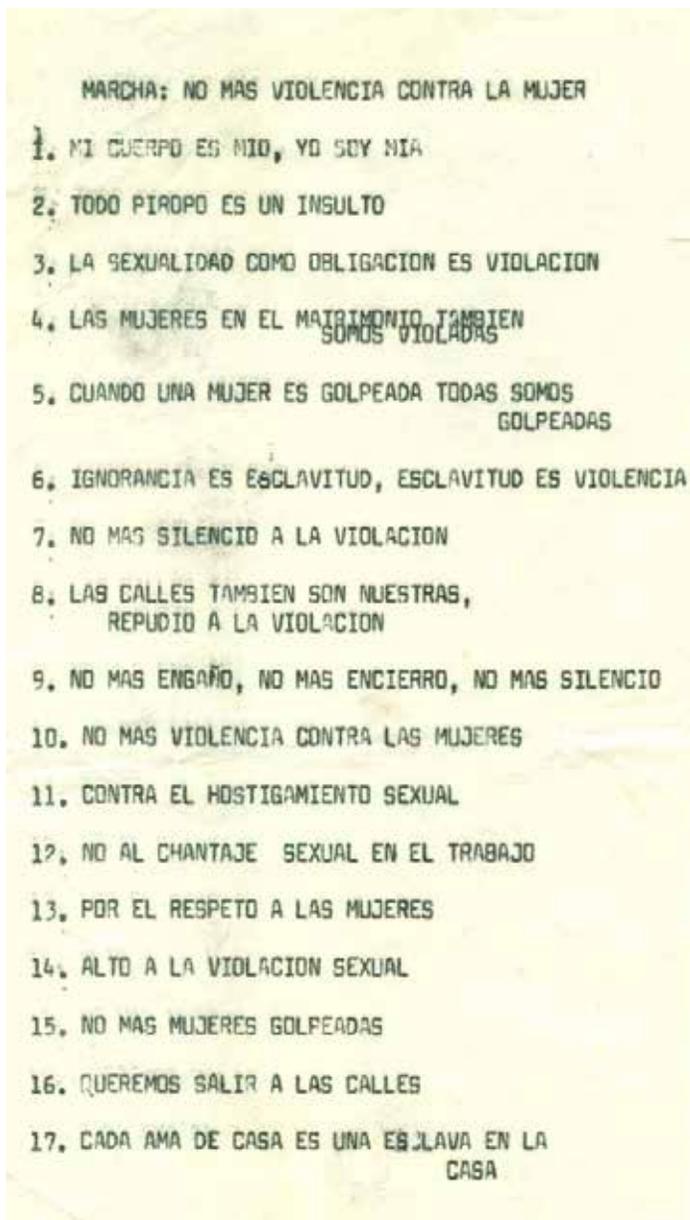


Figura 1. Volante con diecisiete lemas.
Archivo privado Marta Lamas.
Imagen digitalizada por la autora.

Desde el presente podemos sentir la densidad semántica de cada una de esas diecisiete consignas que dan nombre a los diferentes tipos de violencia que las mujeres y los cuerpos feminizados sufren aún hoy en día y en diferentes espacios: desde el hostigamiento en el trabajo y el chantaje sexual —llamado, hoy, acoso— hasta la violación y la imposibilidad de ser personas realmente libres porque “queremos salir a las calles”, pero vivimos en espacios violentos, excluyentes y discriminatorios. Los trabajos de cuidados, además, son identificados como explotación laboral. El análisis interrelacionado de estos lemas-gritos permite entender cómo, desde su comienzo, los feminismos mexicanos investigaron y denunciaron las diferentes violencias como un sistema complejo de acumulación histórica de agresiones patriarcales y coloniales en un *continuum* presente de despojo-desposesión de nuestros cuerpos y nuestros territorios (Belausteguigoitia Rius y Saldaña-Portillo, 2015; Cabnal, 2010; Segato, 2006).

Cuando sujetas imprevistas no pudieron habitar los espacios públicos, los crearon; cuando sus palabras fueron borradas o tachadas y las calificaron de marginales, armaron otros dispositivos de habla. Durante un viaje en camión la poeta guatemalteca, exiliada en México, Alaíde Foppa y la abogada mexicana Margarita García Flores deciden fundar *fem.*, que será la primera y más longeva revista feminista latinoamericana y caribeña (Estudillo y Nieto, 2016). En poco tiempo la redacción de la revista se transformó en un ágora abierta para muchas mujeres que huían de las dictaduras chilena, argentina, guatemalteca y uruguaya y sus páginas fueron la expresión de un incesante ejercicio de crítica a la violencia patriarcal del Estado. Entre 1979 y 1980 en *fem.* y en el diario *Unomásuno*¹ investigadoras independientes, periodistas y académicas feministas como María Elena Muñoz, Guadalupe Murayama, Rosana Carreras, Ambra Polidori y Elena Urrutia empezaron a escribir sobre las condiciones que agudizaron la violencia contra las mujeres en Ciudad Juárez, localidad fronteriza entre México y EUA, que en la década de los noventa se conocerá a escala global como el *locus* simbólico de los feminicidios. En particular, conectaron la explotación capitalista del trabajo con el aumento de las violencias de género en esta ciudad fronteriza (Borzacchiello, 2024). En el artículo “*Una maquiladora en la zona fronteriza*”, Elena Urrutia describía las condiciones laborales de las obreras de esta manera:

Sobra decir que esta compañía es ciento por ciento estadounidense; que los puestos de mandos medios y superiores, salvo excepciones, están ocupados por hombres; que no contratan a mujeres embarazadas; que no hay guarderías en la empresa; que sus obreras no están sindicalizadas. Y las compañías que tienen problemas cierran de la noche a la mañana para volver a iniciar operaciones con otro nombre y con los mismos trabajadores, perdiendo ya todos sus derechos de antigüedad —si los hay. (Urrutia, 1979)

1 Este periódico apareció el 14 de noviembre de 1977 y fue un espacio que dio cabida a tendencias ideológicas y políticas de izquierda gracias a la incorporación de firmas de todas las corrientes partidistas, universitarias, independientes e intelectuales.

Urrutia entra en las fábricas y centra su análisis no sólo en las condiciones laborales, sino en las enfermedades que padecen los cuerpos de las obreras:

Los niveles de producción exigen un trabajo sin desfallecimientos. El día anterior a nuestra visita se fue la luz por varias horas y, ahora, las obreras trabajan ininterrumpidamente para cubrir la producción establecida. ¿Y la vista? —preguntamos— ‘Se les hacen exámenes cuando así se requiere. (Urrutia, 1979)

Y las obreras le contestan:

Todas entramos bien y salimos con lentes. Cuando la empresa nota que empezamos a sacar producción defectuosa por este motivo nos manda al oculista para que nos ponga lentes y volvamos al mismo puesto hasta que nosotras mismas, si ya no aguantamos los dolores de cabeza o sentimos que fallamos mucho, pedimos el cambio de puesto o renunciamos. (Urrutia, 1979)

La no atención y prevención de las diferentes formas de violencias de género convirtió el territorio juarense en el símbolo de los feminicidios en el mundo².

Los feminismos en México inundaron los espacios públicos, intervinieron los monumentos, cuestionaron un Estado-nación que no les reconocía y en el cual no se reconocían (Espinosa y Lau, 2013; Gargallo, 2014;). Antes de investigar, denunciar y atender las violencias, desde los feminismos se construyeron prácticas narrativas y visuales propias, diversas e inéditas, porque siempre fuimos miradas, narradas, investigadas a través de las lentes de otros. Así aprendimos que cada vez que luchamos para reencantar el mundo, como diría Silvia Federici (2020), activamos prácticas que (r)escriben otras imágenes y palabras de la realidad que nos rodea y que la historia oficial excluyó de su vocabulario, como la sexualidad, los afectos, los trabajos de cuidados y muchas más. Así aprendimos que la memoria también es una práctica en tiempo presente de reconstrucción de un lenguaje político.

2 Durante los años de la presidencia de George W. Bush en Estados Unidos y Felipe Calderón en México (2006-2011) se puso en marcha el Plan México, un programa cuyo objetivo era la militarización del territorio para contrarrestar la guerra contra las drogas, aunque oficialmente debía destinarse un porcentaje a las instituciones que trabajaban en defensa de los derechos humanos, en particular en el estado fronterizo de Chihuahua, donde los carteles del narcotráfico parecían tener un control casi total del territorio. La militarización tuvo de inmediato dos consecuencias. En primer lugar, el índice de violencia aumentó en un doscientos por ciento, según el Grupo de Trabajo para Asuntos Latinoamericanos del Centro para las Políticas Internacionales y la Oficina en Washington para Asuntos Latinoamericanos (2011). En segundo lugar, entre 2009 y 2012, los años más álgidos de la guerra, se registró un aumento significativo de los feminicidios. Según la socióloga feminista Julia Monárrez Fragoso, entre 1993 y 2004 se registró en Ciudad Juárez un total de 144 mujeres asesinadas (Monárrez 2009, p. 97, cuadro 2). Sin embargo, es a partir de la puesta en marcha del Operativo Conjunto Chihuahua que entre 2008 y 2011, es decir, en sólo tres años, se asesinaron a seiscientos noventa y dos mujeres. Para profundizar en el tema véase Borzacchiello (2024).

Mi cuerpo es mi territorio. Estableciendo prácticas de resonancias

En el libro *La potencia feminista o el deseo de cambiarlo todo*, la socióloga argentina Verónica Gago define la huelga feminista argentina del 2017 como “nuestro ‘17 revolucionario” que inaugura un período desbordante de marchas, protestas y propuestas feministas en todo el país y afirma que —tal vez— ese momento fundador “empezó a gestarse en una maquila, esas ensambladoras gigantes que salpican la frontera entre México y Estados Unidos” (Gago, 2020, p. 29). Para entender la relación entre violencia patriarcal y violencia capitalista, Gago habla de la necesidad de pensar en una “geografía ampliada de Ciudad Juárez”:

No hay paro internacional de mujeres, lesbianas, trans y travestis en 2017 sin la geografía ampliada de Ciudad Juárez, sin nuestros miedos y nuestros deseos, todos mezclados ahí, al ritmo de la producción flexible y de la frontera, de la fuga y la condición de explotación que nunca imaginamos estar dispuestas a soportar, pero que también decidimos confrontar. (Gago 2020, p. 29)

El análisis de Gago hace eco en las palabras de la activista cultural juareña Ivonne Ramírez, quien en 2015 escribió: “En Juárez, el capitalismo patriarcal impone a las mujeres condiciones que las obligan a trabajar incansablemente para sobrevivir, sin dejarles tiempo para pensar en nada más. Sin embargo, eso sucede en todas partes” (2015, p.1).

Pensar en una “geografía ampliada de Ciudad Juárez” desde América Latina y el Caribe nos permite poner en relación la violencia patriarcal con la neoliberal, abrir horizontes más amplios de los distintos contextos locales y desafiar al orden geopolítico e internacional al conectar países y realidades distantes donde las mujeres y los cuerpos feminizados están expuestos a una situación de riesgo permanente que no siempre termina en feminicidio, pero acumula las posibilidades para que esto suceda (Olivera et al., 2014).

Una “geografía ampliada de Ciudad Juárez” también permite yuxtaponer prácticas de resonancias surgidas en diferentes espacios, o sea:

...acciones, consignas y movilizaciones que se van comunicando entre sí, proponiendo una forma de comunicación política entre territorios diversos, y enlazando diagnósticos, reclamos y utopías. Carteles hechos a mano, banderas de todo tipo, cuerpos con brillantina, asambleas, pañuelazos, performances, metros intervenidos, muros intervenidos, huelgas: desde los colores a los materiales, desde la ocupación de las calles a las intervenciones de los lugares donde transcurre la vida cotidiana, vemos desplegarse un continuo de manifestaciones. Estoy pensando también en las dinámicas de intervención de los monumentos coloniales, que se repite en Chile, en Ecuador, en Colombia, en Bolivia y en México. (Gago y Borzacchiello 2023, p. 115)

Entre las prácticas de resonancias que han viajado espacial y temporalmente desde Ciudad Juárez por toda América Latina y el Caribe destacan las cruces rosas o de un fucsia muy intenso, símbolos móviles de la lucha contra los feminicidios, instaladas por las calles, situadas en el afuera de un tribunal de justicia o cargadas por las madres y las amigas

durante las marchas. La cruz, símbolo de la muerte, adquiere otras funciones y sentido político: denuncia la impunidad, desactiva el proceso de mistificación de las víctimas porque acerca a toda la comunidad el sentido del dolor producido por un feminicidio y crea un nuevo ámbito ético-estético en el cual se problematizan los criterios de visibilización de las violencias y desde el cual se pueden activar posibilidades de transformación comunitaria (Berlanga, 2018; López y Arreola, 2017).



Figura 2. Cruces en Ciudad Juárez, 2007. Archivo privado de Lucero González.

Todo este conjunto de praxis nos permite reconocernos como un cuerpo-territorio: un cuerpo individual, “mi cuerpo es mío”, y, también, como el lugar que habitamos, la historia que nos ha construido y la comunidad a la cual decidimos pertenecer. Somos un cuerpo integral por las múltiples e interconectadas violencias feminicidas que sufrimos y, sobre todo, por las infinitas posibilidades de transformación que creamos, así como escriben las mujeres indígenas en la Declaración de Lima:

El territorio abarca no sólo la distribución geográfica y áreas físicas de nuestras tierras, aguas, océanos, glaciares, montañas y bosques, sino también las profundas relaciones culturales, históricas, sociales y espirituales, así como los valores y responsabilidades que nos conectan con nuestros territorios ancestrales. (Conferencia Global de Mujeres Indígenas. Citado en Danielle De Luca, Cultural Survival, 2013)³

La creación colectiva de nuestras prácticas de memoria se transforma en dato esencial de aquella identidad política que Silvia Federici (2022) entiende, no como filiación que nos frena y pone contra la pared, sino que es una identidad colectiva y adoptada a través de un proceso de lucha que incluye todos los cuerpos en procesos de disidencia.

¡Vivir es arte! Entre antimonumentas⁴, victorias aladas y gloriets de las mujeres

Para protestar contra las condiciones de violencia feminicida y desaparición de mujeres en México y proponer la activación de una Alerta de Género⁵ a nivel nacional el 8 de marzo de 2019 se colocó la primera *Antimonumenta* en Ciudad de México. Un batallón anónimo feminista de mujeres llegó en la noche a la Avenida Juárez e instaló, justo frente al Palacio de Bellas Artes, la pieza conformada por la figura de Venus con un puño alzado al centro, símbolo histórico de la lucha feminista. En la parte superior de uno de sus frentes que mira directamente el Palacio de Bellas Artes se lee escrito con letras rosas: “EN MÉXICO, 9 MUJERES SON ASESINADAS AL DÍA”; mientras que en el brazo de la cruz se lee: “¡NI UNA MÁS!”. En el otro frente, interior, que mira hacia la acera y las personas que transitan en el centro se leen las demandas: “EXIGIMOS ALERTA DE GÉNERO NACIONAL”, y en la parte central: “NO + FEMINICIDIOS” Desde entonces, la *Antimonumenta* se replica en otras ciudades del país.

3 Ver Declaración de Lima de la Conferencia Global de Mujeres Indígenas, octubre 2013 en Danielle De Luca, Cultural Survival (2013).

4 Para una recopilación de las *antimonumentas* que desde 2015 se han realizado, consúltense el sitio web: *Los cuadernos de La Liga Tensa*: <https://ligatensa.wordpress.com/2022/07/12/499/> Recuperado el 28 de mayo 2024.

5 La Alerta de Violencia de Género contra las Mujeres (AVGM) es un mecanismo de protección de los derechos humanos de las mujeres único en el mundo, establecido en la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia y su trámite para emitirla o concederla lo describe el Reglamento de dicha Ley.



Figura 3. Antimonumenta. Foto de la autora (abril 2024, Ciudad de México).

En la instalación de *la Antimonumenta* resuenan las intervenciones feministas del 16 de agosto de 2019, cuando con puñados de brillantina rosada, pintas, tachaduras e inscripciones, activistas se dirigieron al Paseo de la Reforma para intervenir al llamado Ángel de la Independencia, que representa *la Victoria Alada* a punto de emprender vuelo, escultura que fue montada en 1910 por el entonces presidente Porfirio Díaz para conmemorar el centenario de la Independencia de México.

Al día siguiente, en una publicación en *Twitter* con el *hashtag* *#RestauradorasConGlitter*, una colectiva de mujeres especializadas en conservación y restauración del patrimonio cultural señaló: “El patrimonio cultural puede ser restaurado. Sin embargo, las mujeres violentadas, abusadas sexualmente y torturadas, nunca volverán a ser las mismas”. La mayoría de los medios de comunicación habían reducido la acción a mero vandalismo y daño al patrimonio cultural, mientras que las autoridades erigieron en tiempo récord una pared de tabloncitos que impedía ver todos los mensajes inscritos en el monumento.

“Las pintas son un mero síntoma de la violencia desorbitada en que vivimos”, respondieron *Restauradoras con Glitter* en un pronunciamiento publicado el 21 de agosto del 2021 y sostuvieron la necesidad de no borrarlas porque “su permanencia debe ser un recordatorio palpable de la condenable situación y que, por ende, ninguna deberá ser removida hasta que no se atienda y se dé solución al problema de la violencia de género en nuestro país”. Fueron ellas quienes urgieron al gobierno la necesidad de documentar las pintas del *Ángel de la Independencia* y tomar en cuenta su relevancia social, histórica y simbólica (ver contribución de las *Restauradoras con Glitter* en este mismo número).

El sábado 25 de septiembre de 2021, en la glorieta donde solía estar el monumento de Cristóbal Colón —ubicado en la avenida más importante de la capital—, colectivas feministas convocadas por la red #Antimonumenta “Vivas nos queremos”, intervinieron este espacio, lo rebautizaron como *Glorieta de las Mujeres que Luchan* y colocaron ahí su propia estatua color violeta. Pintaron de gris las vallas que rodean la base de la estatua y escribieron los nombres de mujeres víctimas de las violencias feminicidas, de defensoras de derechos humanos, mujeres buscadoras, madres de víctimas de desaparición forzada y presas políticas. Nombres de las mujeres que lucharon y de las que siguen luchando en nombre de quienes ya no están. Una memoria en suspenso entre la vida y la muerte.

Figura 4. Glorieta de las Mujeres.
Fotografías de la autora (abril 2024,
Ciudad de México).



En esta cartografía de prácticas de memoria las colectivas feministas llevan consigo su bagaje histórico de experiencias y reactualizan sus instrumentos de lucha. Entre las tomas de los espacios y las organizaciones de paros y huelgas contribuyen a reinscribir en el espacio urbano una inédita coreografía de demandas que se interrelacionan y fortale-

cen⁶. La combinación de las intervenciones con *Antimonumenta*, *Victoria Alada* y *Glorieta* no sólo documenta lo que ocurre o lo que se impugna, sino que cada gesto activa múltiples prácticas de un lenguaje político feminista.

Algunos de sus efectos son los siguientes:

- a) La elaboración colectiva del proyecto crea una ingeniería afectiva entre el entramado social de quienes participan.
- b) La puesta en marcha del proyecto permite experimentar una forma de autogestión.
- c) La instalación de la antimonumenta en el espacio configura dimensiones de exposición comunes no circunscritas a un lugar específico.
- d) Pintar en los monumentos, tachar sin borrar o inscribir lo que es una exigencia política colectiva constituyen gestos que proponen y no sólo se contraponen.
- e) La elección del material, en general metal pesado, y la decisión de plantarlo en la tierra con cemento crea una estructura estable que se contrapone, simbólicamente, a la destrucción material de los cuerpos y a la precarización de nuestras vidas.

A partir del compromiso político de pensar juntas la construcción colectiva de prácticas de memoria Daniela Pascual Cáceres, integrante de la colectiva *Restauradoras con Glitter*, y yo empezamos a conversar sobre la misma inquietud: el nombre de *Antimonumenta* no nos parece que restituya la densidad e intensidad política de aquella experiencia.

Cuando nos encontramos, Daniela me dice que la primera imagen en la que piensa para describir las prácticas que se pusieron en campo en *la Antimonumenta*, *La Victoria Alada* y *la Glorieta de las Mujeres* es la de un palimpsesto, del griego antiguo “grabado nuevamente”, un manuscrito que conserva huellas de una escritura anterior grabada en la misma superficie, pero borrada para dar lugar a una nueva.

En palabras de Daniela, dichas intervenciones⁷

las había pensado como un palimpsesto porque son capas que se superponen de significado. Todas estas acciones tienen un punto en común, no son espontáneas. Claro, hay acciones espontáneas dentro de la marcha, como cuando las mujeres toman el Ángel y lo rayonean con todas las pintas y todas las frases que provienen de toda una historia de lucha y de violencia que se hace presente en ese momento de interpelación al objeto a través de las tachaduras o con las preguntas que escribimos sobre el monumento. Por ejemplo, en el Ángel

6 El 26 de abril de 2015, sobre Paseo de la Reforma de la Ciudad de México y siete meses después de la desaparición forzada de cuarenta y tres estudiantes normalistas de Ayotzinapa, cientos de personas, gracias a una acción colectiva, instalaron una escultura roja de metal de más de tres metros de altura donde se lee “+43”, dedicada a los normalistas y a las miles de personas desaparecidas en México. Se demandó a las autoridades no retirarla hasta que aparecieran con vida los estudiantes. Durante la acción se repartió un volante donde se explicaba que, a diferencia de los monumentos tradicionales, el erigido “no quería recordar hechos del pasado, sino ser protesta permanente de reclamo y de justicia al Estado en el espacio público”. Desde entonces se han multiplicado y diversificado prácticas que han creado una ruta de memoria en el espacio urbano impulsada por colectivas y organizaciones de sobrevivientes y víctimas de diferentes violencias en el país.

7 Este intercambio es fruto de un diálogo ocurrido en julio 2023, en México, a raíz de la escritura de este artículo.

de la *Independencia*, donde hay las alegorías de la paz, de la guerra y de la justicia, lo que hacen las chicas es añadir signos de interrogación a ambos lados de la cartela en piedra, que indica que la escultura sobre esa base representa a la paz. Entonces, la intención es clara... cuestionar ¿de qué paz hablas o qué? Yo no vivo en paz. Cuando ponen preguntas o escriben “Estado feminicida” en el símbolo del patrimonio nacional, “vivir sí es arte” o “esto no es arte, esto es Estado”, las compañeras sí cuestionan el documento, interpelan al monumento y le enseñan a ver el presente. Cuando se toma *la Victoria Alada*, hacía poco tiempo de dos feminicidios: Otilia, el caso de una señora de la tercera edad, y la chica de Xochimilco Leslye. Ambos nombres estaban entre las pintas. En el monumento inscriben también los nombres de las víctimas o hacen alusión a los casos, por ejemplo, cuando escriben “esto va por la chica de la prepa tal”. Hay un chorro de textos que están sobre el monumento y que son producto del contexto, del espacio temporal, de lo que está sucediendo.

Por mi parte, le respondí a Daniela que

yo lo había pensado como un objeto de usos cotidianos dotados de características materiales y simbólicas que ofrecen una infinidad de posibilidades creativas. Las *Antimonumentas* vacían el monumento de sí mismo para dejar al descubierto su estructura patriarcal, y en esta deconstrucción forjan otras modalidades de uso y otro modo de mirar la belleza del entorno y de los cuerpos. El crítico de arte japonés Soetsu Yanagi, en *La belleza del objeto cotidiano*, escribe que “mientras la belleza sea patrimonio exclusivo de tan solo unos pocos objetos selectos, procedentes de las bellas artes, ese mundo ideal nunca podrá realizarse” (Yanagi, 2020, p. 19). Argumenta que, cómplices de la producción en serie, no miramos los objetos como solíamos hacerlo en el pasado, cuando eran tratados con cuidado, “con una actitud muy cercana al respeto”, y relaciona dicha actitud a la calidad y la honestidad que acompañaban el construir el objeto mismo. Sigue afirmando que para que la belleza no sea patrimonio exclusivo de las bellas artes, es necesario que un objeto sea construido para usarse, porque “cuanto más se usa, más aflora su belleza. En efecto, en la medida en la que nos acompañan constantemente en nuestras vidas, estos objetos originan una sensación de intimidad e incluso de afecto” (Yanagi, 2020, p. 20). *La Glorieta de las Mujeres que Luchan* ha cambiado la modalidad de uso cotidiano de ese espacio: de estar rodeado e invisibilizado por coches, se ha transformado en una isla de objetos habitada por colectivas, transitadas por mujeres que de vez en cuando le agregan alguna flor o cuelgan una historia más al Tendedero. Una isla de objetos en lo que podemos reconocernos y que nos devuelve el sentido del apego o del respeto. Objetos de la cotidianidad que nos devuelven el sentido de la belleza.

Daniela profundiza y amplía:

Sí, estoy de acuerdo contigo en llamarlos objetos de la vida cotidiana, pero eso no quiere decir que los símbolos y lo que simbolizan formen parte patente de nuestro acaecer. Los utensilios de cocina, mi cama, mi ropa, todo eso es parte de mi vida cotidiana y son objetos que tengo siempre muy presentes. *Antimonumentas* o *Glorietas* son objetos que crean espacios donde poder dialogar sobre las diferentes opresiones o los temas que nos preocupan. Siento que sí se vuelven un objeto que puede ser reinterpretado y, en ese sentido, cuando antes solo estaban ahí no nos importaban. El proceso de creación de *antimonumentas* —las

que no piden permiso al Estado para instalarse— o la toma de un monumento, genera un nuevo espacio de práctica social. Estoy pensando en Karina Bidaseca, historiadora del arte, cuando introduce en este tipo de debate la noción de ‘tercer espacio’ para romper con la dicotomía periferia-centro y generar otro dónde tú te vuelves el centro, donde es la acción y lo que estás haciendo se vuelve el centro del mundo. Este tercer espacio yo lo sentí cuando me paré por primera vez frente al Ángel de la Independencia y vi todo lo que estaba escrito. Lo sentí desde la experiencia corporal, en el estar físicamente en las actividades y en las dinámicas, en el habitar este otro lugar donde todo funciona de manera distinta y las prácticas sociales son el centro. Espacios donde, de entrada, no hay títulos, no hay apellidos, no hay linajes, todo es horizontal, donde todas valemos lo mismo, todas las voces son escuchadas y consideradas, hay diálogos. Todas tenían opción de hablar mientras no hubiera discursos de odio. Un nivel de seguridad y de confianza que no sentí en ningún otro lugar; si yo estoy ahí, sé que nadie me va a dejar sola, nadie va a permitir que nada nos pase, aunque no sepa sus nombres porque a veces decidíamos mantener el anonimato, ahí era solo de “compa” porque nos estábamos protegiendo de todos los enviados del gobierno que siempre están espionando en los espacios. En este nivel, el feminismo me significa un conjunto de prácticas relacionales y de formas de vincularse. En estos espacios no siento ningún nivel de diferencia en términos de edad, de procedencia étnica, clase social. No quiero romantizarlo, todo esto también muchas veces se rompe, pero también hay una voluntad de resolución de conflictos. Cuando llegamos a documentar la parte del basamento en el Ángel, vimos que, en cada frase, en cada pregunta, había la voluntad de incluir a todas. Así que cuando empezaron a criminalizar las intervenciones, no me sorprendió que casi de inmediato surgiera el *hashtag* #fuimos todas. Estos espacios dejan de ser espacios de conmemoración para pasar de una lógica de representación a una lógica de articulación. Una articulación que invita en cada momento a activarse.

Daniela y yo sentimos que estas prácticas de memoria logran crear símbolos de vida que rompen con la enumeración de los nombres de las víctimas y con la clasificación estática de las muertes violentas gracias a la creación de un relato compartido sobre las diferentes agresiones que sufrimos. Son espacios de conexiones entre personas. *Una antimonumenta* o *una glorieta* constituyen un centro que no excluye otros centros, que apunta a un relato compartido sin clausura o resuelve la complejidad de las experiencias de vida.

Reflexiones finales

Como nos recuerda la antropóloga social Guadalupe Jiménez-Esquinas la palabra ‘patrimonio’ proviene, etimológicamente, del latín *patrimonium* —bienes heredados de los padres— e “incluye un vínculo con el patriarcado —gobierno o autoridad de los patriarcas— que es difícil de obviar” (Jiménez-Esquinas, 2017, p. 137).

La Antimonumenta, las intervenciones en *la Victoria Alada* y *la Glorieta de las Mujeres* son recursos que están disponibles para todas las personas; representan la negación de la existencia del sujeto universal y la afirmación de un contexto pluri-diverso en el que co-existen las diferencias sexo-genéricas, raciales, de clase, de edad, las diversidades fun-

cionales y mucho más⁸. En este sentido, estos recursos no están sólo abriendo procesos de descolonización, sino de despatriarcalización, como diría la imprescindible artista y activista María Galindo.

Las prácticas de memorias que diferentes grupos de feministas han puesto en marcha se mueven entre un movimiento de negación y otro inverso de afirmación: negación porque son prácticas disidentes que se oponen a los sistemas patriarcales y coloniales violentos, operaciones transgresoras de un orden disciplinar impuesto; afirmación porque no se basan en la destrucción, sino en todo lo contrario: abren espacios de posibilidad donde antes había una imposibilidad o sólo frustración. Usan rayaduras y tachaduras que, como reflexiona la académica feminista Rian Lozano, son borraduras:

Estos “taches” que no borran completamente lo anterior, pero sí alegan contra lo ya contado (el relato único), replican desde las voces de las desaparecidas y las irrepresentadas. Así la pinta puede ser analizada, si recordamos la propuesta “responzona” de bell hooks (2015), no solo como un mecanismo que busca hacer visible y audible lo silenciado sino, además y de manera fundamental, como un gesto o una intervención estética adecuada, apropiada, para representar —en este caso— el grito desesperado: “¡Vivas nos queremos!”. El tache es aquí, también, una señal sobre lo ya escrito. (Belausteguigoitia et al. 2022, p. 240)

Hablamos de prácticas que crean un desbordamiento del sentido político de los espacios porque intervienen para interpelar, cuestionan para cambiar la modalidad de uso y, también, son los mismos grupos feministas que se hacen cargo de su cuidado, conservación, preservación, restauración, mantenimiento y gestión. Esas prácticas no quieren reproducirse o quedarse *ad perpetuam rei memoriam* (para perpetuo recuerdo del asunto), sino que quieren estar hasta cuando se haga justicia o vuelvan nuestras desaparecidas. Estos procesos de despatriarcalización están enriqueciendo el lenguaje político feminista porque nos están enseñando a valorar los objetos en conexión con su uso, no basándonos en la mera apreciación visual. De este modo, en medio de violencias y desapariciones, el lenguaje político feminista podrá renovarse, ya que la belleza y la vida no serán tratadas como ámbitos separados del ser y podremos volver a considerar “la belleza parte imprescindible de nuestra vida diaria” (Yanagi 2020, p. 20).

Se trata de un lenguaje político feminista que surge de un entramado dinámico de relaciones que siempre es comienzo y nunca es mandato y que expresará —con siempre más energía— la multiplicidad potencial de lo narrable y lo visual.

8 El patrimonio cultural ha sido construido y legitimado desde una visión elitista, eurocéntrica y masculina (véase Smith, 2008, p. 159), por lo tanto, es uno de los ámbitos materiales y culturales que han sido creados por y para garantizar la continuidad de un sistema patriarcal. Todavía, el “género tiende a ser pasado por alto en las discusiones sobre patrimonio” (p. 159) y resulta llamativo que, como analiza Jiménez-Esquinas (2017), también no lo incluya el manifiesto de la Asociación de Estudios Críticos del Patrimonio (ACHS) de 2012.

Referencias bibliográficas

- Bartra, Eli, Fernández, Ana María y Lau, Ana (2000). *Feminismo en México, ayer y hoy*, Universidad Autónoma Metropolitana
- Belausteguigoitia, Marisa y Saldaña-Portillo, María Josefina (2015). *Des /posesión: género, territorio y luchas por la autodeterminación*. UNAM.
- Belausteguigoitia Marisa, Borzacchiello, Emanuela, Lozano, Rian (2022) Strikes, stoppages, occupations: Mexican feminist writing on the walls. *Critical Times* 5 (2), 444-474.
- Berlanga, Mariana (2018). *Una mirada al feminicidio*. UACM
- Borzacchiello, Emanuela (2024) ¡rExistimos! El feminicidio y la telaraña de poderes. CIEGH-UNAM-Bajo Tierra.
- Cabnal, Lorena (2010). *Feminismos diversos: el feminismo comunitario*. ACSUR-Las Segovias, Asociación para la Cooperación con el Sur.
- Espinosa, Gisela y Lau, Ana (2013) *Un fantasma recorre el siglo: luchas feministas en México, 1910-2010*. UNAM.
- Estudillo, Joel y Nieto, José Edgar coord. (2016). *Feministas mexicanas del siglo XX, espacios y ámbitos de incidencia*. CIEGH-UNAM
- Federici, Silvia (2022). *Ir más allá de la piel repensar, rehacer y reivindicar el cuerpo en el capitalismo contemporáneo*. Traficantes de Sueños.
- Federici, Silvia (2020). *Reencantar el mundo el feminismo y la política de los comunes*. Traficantes de Sueños.
- Gago, Verónica (2020). *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo*. Bajo Tierra.
- Gago, Verónica y Borzacchiello, Emanuela (2023). Gestos y territorios simbólicos: resonancias entre Argentina y México. En: Ana María González, Lucía Raphael y Lucía Melgar (Eds.), *Pensar la justicia con perspectiva de género* (pp. 105-132). UNAM.
- Gargallo, Francesca (2014). *Feminismos desde Abya Yala ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en nuestra América*. Corte y Confección.
- Grupo de Trabajo para Asuntos Latinoamericanos del Centro para las Políticas Internacionales y la Oficina en Washington para Asuntos Latinoamericanos (2011). *Un Relato Aleccionador: Las Lecciones del Plan Colombia para la Política Exterior Estadounidense hacia México y Otros Países*. Disponible en: <chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.lawg.org/wp-content/uploads/Un-Relato-Aleccionador-2011.pdf>
- hooks, bell (2015). *Talking back. Thinking feminist, thinking black*. Routledge.
- Jiménez-Esquinas, Guadalupe (2017). El patrimonio (también) es nuestro: Hacia una crítica patrimonial feminista. En Iñaki Arrieta (ed.), *El género en el patrimonio cultural*, (pp. 19-48). Universidad del País Vasco.
- Lamas, Marta (2015). *El largo camino hacia la ILE. Mi versión de los hechos*. CIRGH- UNAM
- Lonzi, Carla (1977). *Sputiamo su Hegel. La donna clitoridea e la donna vaginale. E altri scritti*. Rivolta Femminile
- López, Helena y Arreola, Adriana (Eds) (2017). *Condiciones de la globalización políticas neoliberales y dinámicas de género*. CIEGH-UNAM
- Millán, Márgara (2021). *Derivas de un cine en femenino*. Bajo Tierra

- Monárrez, Julia (2009). *Trama de una injusticia: Feminicidio sexual sistémico en Ciudad Juárez*. El Colegio de la Frontera Norte/Miguel Ángel Porrúa.
- Olivera, Mercedes (1976), Consideraciones sobre la opresión femenina como una categoría para el análisis socio-económico. *Anales de Antropología*13 (1), 199-215.
- Olivera, Mercedes, Bermúdez, Flor Marina y Arellano, Mauricio (2014). *Subordinaciones estructurales de género: las mujeres marginales de Chiapas frente a la crisis*. Centro de Derechos de la Mujer de Chiapas, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica.
- Ramírez, Ivonne (29 de agosto 2015). Ladyfest Juárez 2015, la desobediencia nos hará libres. *Revista Digital LaqueArde*. <https://www.laquearde.org/2015/08/29/ladyfest-juarez-2015-la-desobediencia-nos-hara-libres-por-ivonne-ramirez/>
- Segato, Rita Laura (2006). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado*. Universidad del Claustro de Sor Juana.
- Smith, Laurajane (2008). Heritage, gender and identity. En Brian Graham y Peter Howard (Eds), *Ashgate Research Companion to Heritage and Identity*, (pp. 159-178). Ashgate.
- Urrutia, Elena (1979). Una maquiladora en la zona fronteriza, en la revista *Uno Más Uno*. Archivo personal de Marta Lamas.
- Yanagi, Soetsu (2020). *La belleza del objeto cotidiano*. Gustavo Gili.

Sitios web, diarios y otros archivos consultados

- Danielle De Luca, Cultural Survival (5 de noviembre 2013). *Declaración de Lima de la Conferencia Global de Mujeres Indígenas, octubre 2013*. Forest Peoples Programme. <https://www.forestpeoples.org/es/topics/las-cuestiones-de-genero/news/2013/11/declaracion-de-lima-de-la-conferencia-global-de-mujeres>
- La liga tensa (7 de julio 2022). *Los cuadernos de La Liga tensa*. <https://ligatensa.wordpress.com/2022/07/12/499/>

Emanuela Borzacchiello

<https://orcid.org/0000-0002-8748-2887>
 emanuela.borz@gmail.com



Doctora en Estudios Feministas y de Género. En sus investigaciones analiza las violencias feminicidas contemporáneas en su cruce con opresiones y segregaciones de clase en el marco del neoliberalismo mexicano, implementando metodologías mixtas de campo y archivo. Más recientemente, ha proseguido su trabajo de investigación con el estudio y la creación de archivos feministas como estrategia de construcción de memorias colectivas. Es integrante del Sistema Nacional de Investigadores del CONAHCYT e investigadora postdoctoral en el Doctorado en Humanidades de la UAM Xochimilco, Línea de Investigación “Estudios Culturales y Crítica Poscolonial”. Articula investigación e incidencia en distintos ámbitos: academia y activismo, intervención institucional y civil. A la fecha, en el ámbito institucional, es Miembro del Comité Multidisciplinario e Interinstitucional de Seguimiento de la Alerta de

Género en la Ciudad de México. Miembro del Grupo de Investigación México-Estados Unidos, promovido por la Universidad de Texas, Austin, y el Centro de Investigación y Estudios Avanzados (CINVESTAV), titulado “Geografías de Desplazamiento: Niñxs y Jóvenes Migrantes/Refugiadx Mexicanxs en las fronteras de México y Estados Unidos”. Cuenta con más de 20 publicaciones de investigación y acceso universal al conocimiento en los últimos 15 años, entre estas: “La interrelación y los vínculos entre la violencia sexual y la muerte de niñas y adolescentes en la región de América Latina y el Caribe” (2021), apoyado por el Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA) y el Comité de América Latina y el Caribe para la Defensa de los Derechos de las Mujeres (CLADEM).